

LLUÍS DE SANTÀNGEL

I EL SEU TEMPS

CONGRÉS INTERNACIONAL
València 5 al 8 d'Octubre 1987

© De esta edición: Ajuntament de València
Comissió Vè Centenari de la Generalitat Valenciana

Edita: Ajuntament de València

Diseño portada: Pepe Sapena

I.S.B.N.: 84-86908-56-6

Depósito Legal: V. 1202-1992

Imprime: T.G. Ripoll, S.A.
Ciutat del Ferrol, 19
Pol. Ind. Fuente del Jarro
46988 PATERNA (Valencia)

VALENCIANOS EN LA UNIVERSIDAD
DE BOLONIA. RENTABILIZACION SOCIAL
DE LOS ESTUDIOS SUPERIORES
A FINALES DEL SIGLO XV

José M. Cruselles
UNIVERSIDAD DE VALENCIA

Es preciso señalar, antes de nada, cómo el total de los documentos utilizados en el presente trabajo forma parte de un conjunto más amplio recopilado por Antoni Lopiç, notario de la ciudad de Valencia, en un libro de cuentas personales compuesto entre 1445 y 1478 en función de asuntos de diversa índole, mayoritariamente económicos, referidos al medio familiar de su autor, que nos ha permitido conocer con cierto detalle la evolución de la familia Lopiç en los dos últimos tercios del siglo XV. El período que aquí nos ocupa, el de los estudios universitarios, cronológicamente limitado entre 1470 y 1493, es trascendental dentro de esa evolución y permitiría explicar, en última instancia, no sólo la transformación experimentada por el grupo familiar del notario Lopiç, sino también algunos de los mecanismos por los que pasaba la promoción de los individuos dentro de aquella sociedad y el papel que pudo jugar en ellos el acceso a la cultura superior (1).

Por otro lado, deberemos asumir que esta documentación poco podrá esclarecer los mecanismos y vericuetos internos de los sistemas educativos universitarios del primer Renacimiento, tratándose, como es el caso, de contabilidades y correspondencia privada, ajenas en principio a dicho medio. Sí se muestra capaz, sin embargo, de ejemplificar la *actitud* con la que ciertos aprendientes abordaban el período de su formación universitaria, las esperanzas que ponían en los beneficios que pudiera reportarles y los esfuerzos que, inevitablemente, tuvieron que realizar para adquirirla.

Trataremos por tanto de las estrategias de promoción social de la familia Lopiç, de los logros anteriores al período 1470-1478 y de los posteriores, situando como nexo de unión entre unos y otros un parco memorial de gastos que vendría a ilustrar el sustento económico-material del aprendizaje universitario de los hijos del notario Lopiç y que éste incluyó dentro de su libro de cuentas (2). Información que se complementará con otros documentos que constituirían, en origen, los materiales sobre los que se construyó el mencionado *memorial de gastos*: letras de cambio, albaranes, anotaciones referentes a censales, etc.; y sobre todo con la correspondencia privada: la carta dirigida por Beatriz de Borja a su hermano el cardenal, que apunta la dimensión y calidad de los apoyos sociales utilizados por Lopiç, y las cartas remitidas por los hijos del notario desde Bolonia o Roma (3).

Joan y Jeroni Lopiç, de 16 y 15 años de edad, respectivamente, embarcaron la noche del 20 de agosto de 1470, en la playa del Grao de Valencia, en una galera veneciana que los llevaría a Italia. Este episodio supuso un momento fundamental en la vida de la familia, que había ya tomado la decisión consciente de no ensayar el recambio generacional dentro del ejercicio de la profesión notarial. Jeroni permaneció en Bolonia, donde cursó estudios de leyes hasta aproximadamente el verano de 1478; Joan se trasladó de Bolonia a Roma hacia finales de 1473 o principios de 1474, habiendo conseguido un título de bachiller en Teología, para ponerse al servicio del cardenal Rodrigo de Borja. En 1478 sus esfuerzos por hacer carrera en la corte romana comenzaron a rendir frutos: en *l'any LXXVIII fon provehit per lo dit senyor cardenal del préstamo de Alacant* (4), escribe su padre en el libro. A partir de entonces su asentamiento en Roma puede considerarse como definitivo y no tenemos noticias de que volviera alguna vez a Valencia.

De 1470 en adelante pueden delimitarse dos períodos en el devenir familiar y social de los Lopiç: el primero, hasta 1478, es la época del estudio y de los esfuerzos por medrar en la curia pontificia, de los gastos y de la intranquilidad. A partir de esta última fecha se abre la etapa de la estabilización y del éxito, que veríamos culminar con el acceso de Jeroni a la calidad de caballero, su nombramiento en 1490 como jurado de la ciudad de Valencia por el brazo militar, y el acceso de Joan al episcopado de Perugia en 1493.

(1) Cfr. A.R.V., *Clero*, libro 1777. Este libro, que incluye desde una contabilidad de los censales comprados Antoni Lopiç, hasta una relación de los hitos biográficos de cada miembro de la familia, constituye el eje central de mi tesis de licenciatura: *La familia de Antoni Lopiç, notario de la ciudad de Valencia (1433-1493). Promoción social de un profesional de la escritura*, defendida en la Facultad de Geografía e Historia de Valencia en julio de 1985.

(2) Cfr. *idem*. fols. 55-57.

(3) Las cartas originales, así como numerosas letras de cambio y albaranes sueltos fueron conservados en el interior de las cubiertas del citado libro (véase nota 1).

(4) Cfr. A.R.V., *Clero*, libro 1777, fol. 76.

Entre el 20 de agosto de 1470 y el 10 de agosto de 1478, el notario Lopiç fue anotando, en un capítulo abierto al efecto en su libro de cuentas, los gastos que se deducían de mantener a sus hijos tan lejos de casa, estudiando en Bolonia o pululando en torno a la corte papal. Es bien difícil separar dentro de esta relación aquellos gastos atribuibles a los estudios de aquellos otros que no lo son, pues no se especifica normalmente el destino final de cada cantidad detráida de las arcas familiares, a excepción quizás de los gastos realizados directamente por el padre, que son de cuantía menor y atañen a ropa y libros comprados en Valencia para ser enviados a Italia, y a los propios gastos de envío. El resto es remitido en forma de dinero y nada se especifica acerca de cómo se gastó.

El mencionado memorial no representa otra cosa que la contabilidad de una inversión, de un esfuerzo acumulador del que se espera obtener beneficios económicos, incrementar la riqueza de la familia. Nos encontramos de hecho ante una operación de promoción que podemos seguir en el curso de dos generaciones, la de Antoni Lopiç y la de sus hijos, y, afinando más, en el preciso momento en que se produce el recambio entre ambas generaciones: cuando los logros de la primera se utilizan para relanzar la segunda a cotas de estimación social —y por lo tanto de ganancia económica— que para aquella estaban vedadas.

Escribía Giovanni di Pagolo Morelli, un mercader florentino, que para alcanzar el éxito social eran necesarios tres requisitos: riqueza, consideración social y educación (5). A la vez, los tres están íntimamente relacionados entre sí y nada puede conseguir uno sin el concurso de los otros dos. El primero permite alcanzar el segundo, y éste es a su vez apoyo indispensable del primero. La importancia económica de la credibilidad, de la buena reputación, es incuestionable. El tercer requisito de Morelli, la educación, los conocimientos, es a su vez necesidad fundamental para quienes no gozan de las evidentes ventajas de una buena cuna. Conocimiento de las técnicas mercantiles, de las técnicas administrativas y jurídicas, que permitan hacer carrera en los negocios o en la administración.

Conocemos las claves del afianzamiento económico y social de Antoni Lopiç y, aunque no podemos aquí exponerlas en detalle por razones puramente prácticas, sí debemos señalar que están basadas fundamentalmente en el ejercicio de su profesión y en el establecimiento inicial de relaciones que podemos calificar como *de servicio* con la pequeña nobleza urbana. Para 1470 la familia había alcanzado una situación relativamente acomodada que le permitía afrontar con ciertas esperanzas de éxito la prolongada estancia de los dos hijos mayores en el extranjero. Lopiç, arrendatario de la escribanía de la Gobernación de Valencia, no había abandonado la práctica de la notaría; poseía al menos dos casas en la ciudad y alguna propiedad rústica, llegó a ser mayoral del Colegio de Notarios de Valencia y se titulaba connotario de Joan Marromà, su maestro, quien ocupó cargos de relevancia en el gobierno urbano entre 1409 y 1460. Realizó inversiones en censales y no sabemos en absoluto que se comprometiera en empresa comercial alguna. Al servicio de la oligarquía urbana, aspirante a formar pronto parte de ella, Antoni Lopiç era persona bien considerada en su ciudad.

Para ello había hecho uso del desarrollo de aptitudes *intelectuales* crecientemente revalorizadas en un mundo cada vez más necesitado de profesionales del escribir y expertos en la práctica jurídica. Intermediario entre sus clientes y el siempre complejo mundo de la formulación legal, hombre de confianza de familias pudientes para las que se convertía en indispensable consejero, es indudable que Lopiç capitalizó económicamente su influencia social. Y semejante situación no podía por menos que servir de acicate a su ambición.

Pero tampoco había descuidado el tercer aspecto de la cuestión. Desde 1465 tenemos noticias de la presencia de un maestro junto a sus hijos que quizás fuera ya Francesc Gaçet, personaje que podríamos calificar como "asociado" de la familia, que en 1470 marchó con Joan y Jeroni también con el propósito de estudiar en Bolonia. En 1465 Joan y Jeroni contaban respectivamente once y diez años de edad. Los conocimientos que para esta época adquirirían podemos suponer que fueran la lectura, la escritura —aprendizaje que debió haber comenzado en un momento anterior—, la aritmética y el cálculo o las primeras nociones del latín. Conocimientos prácticos que responderían a la propia formación cultural del padre y tan sencillos como para que pudieran ser impartidos por alguien que, como el citado Francesc Gaçet, no poseía aún formación universitaria. Esta sería la base sobre la cual se asentaría los posteriores estudios en Bolonia.

Sobre los cimientos económicos —que son también sociales— establecidos en la primera generación, la familia Lopiç apuesta por la misma vía de promoción utilizada hasta el momento: la del estudio y el servicio. Estudio entendido como adquisición de ciertos conocimientos de creciente demanda social, bien pagados si se ponen al servicio de quienes antes son conscientes de necesitarlos y pueden permitirse comprarlos: los poderosos. Con una diferencia importante entre el padre-notario y los hijos universitarios: Antoni Lopiç no tuvo más que acreditar un cierto período de adiestramiento con otro notario para poder concurrir a los exámenes que le proporcionarían su título. En el caso de los hijos el aprendizaje, los conocimientos a adquirir, son más especializados, económicamente más gravosos, pero también son capaces de generar a largo plazo mayores beneficios sociales y económicos.

Esto último es importante, pues marca la diferencia cualitativa entre ambas generaciones y da sentido al esfuerzo realizado. Padre e hijos participan de las mismas capacidades intelectuales: Joan i

(5) Cfr. BEC, Christian: *Les marchands écrivains: affaires et humanisme à Florence (1375-1434)*, Paris-La Haye, 1967.

Jeroni son herederos y beneficiarios tanto de los esfuerzos económicos del padre como de sus parámetros culturales y de sus actitudes sociales, de su forma de entender el mundo, que ellos no hacen sino actualizar, poner al día.

Por un lado, sus actividades profesionales futuras, aunque diferentes de la paterna, no variarán esencialmente en su fundamento, el empleo de ese "método de trabajo intelectual" del que habla I. Hajnal: la escritura (6). Por otro lado, su comportamiento social, su preocupación por servir a los poderosos, es similar e incluso más acentuada en el caso de Joan y Jeroni. Su fortuna se cimentará también en la venta de un trabajo altamente cualificado, intelectual, que no genera riqueza por sí mismo sino a través de su acción sobre los asuntos humanos.

Ahora bien, en lo que se refiere a su situación dentro de la sociedad, las diferencias entre hijos y padre irán acentuándose progresivamente, y ello como resultado de los años de Italia: la familia no lleva a cabo un esfuerzo económico de este tipo para permanecer en el mismo punto de la escala social. Los estudios superiores, y éste es el sentido de la inversión realizada, permitirán a la familia trascender un horizonte profesional que no podía por sí mismo promocionarla en mayor medida. Los Lopiç no habían reunido la fortuna suficiente como para dejarse llevar por la espiral ascendente que la riqueza traza dentro de la formación social: sus aspiraciones, en este sentido, habían tocado techo. De haber seguido los hijos la profesión paterna, la familia habría quedado sometida al ritmo de promoción social propio del conjunto del grupo socio-profesional de los notarios, siempre más lento. La ambición por subir un escalón más la llevará a apartarse del Notariado por el único camino que conoce y puede utilizar: el del estudio y el servicio. Y, por supuesto, tal pretensión supone un esfuerzo importante en una sociedad que tiende cada vez más a cerrar las vías de movilidad social.

Los datos que conocemos acerca de la dimensión económica de los años de estudio en Italia se han conservado, precisamente, porque se trató de un esfuerzo económico calculado, controlado por tanto. La información al respecto fue separada por el notario de la correspondiente al resto de sus asuntos, fue ordenada cronológicamente en un capítulo específico dentro de su libro. Los soportes gráficos originales de dicha información —letras de cambio, albaranes y cartas— han sido, sin embargo, diezmados por el tiempo. Conservamos un número considerable de las primeras y también algunos albaranes, pero muy pocas cartas pese a que la correspondencia entre padres e hijos debió ser intensa.

Italia, pese a las estrechas relaciones que mantenía con Valencia en estos momentos del siglo XV, estaba lejos, y esto no hacía sino incrementar el factor riesgo, aplicable tanto al viaje de las personas como al traslado de valores. *Plàcia a nostre senyor Déu que'ls vulla donar bona endreça a ells e a nosaltres a salvació de les ànimes* (7), escribe Lopiç cuando rememora la noche del 20 de agosto de 1470, despidiendo el barco en el que viajaban sus dos hijos. Muchos de los asientos registrados en el citado memorial, cuando consignan envíos de ropas, libros o dinero, se cierran con expresiones semejantes. Salvar grandes distancias era aún una empresa sujeta a vicisitudes a veces imprevisibles: el propio Antoni Lopiç había sufrido un ataque de piratas cuando, en 1450, el barco que lo llevaba a Nápoles se hallaba en la travesía de Mallorca (8).

Antoni Lopiç era un hombre con cierto conocimiento del mundo que le rodeaba. Había visitado las grandes ciudades del Mediterráneo occidental: Roma, Nápoles, Florencia, Pisa, Bolonia, Montpellier, Barcelona... Tanto por sus viajes como por su profesión y el medio social al que pertenecía, conocía bien las técnicas comerciales y financieras de uso corriente en estas ciudades, la red de transacciones y operaciones especulativas que las ligaba entre sí y con otras mucho más lejanas. Un mundo cosmopolita de mercaderes donde se trafica con prácticamente todo: personas, cosas y dinero, y donde el beneficio —objetivo último— dependía en gran medida de poder salvar las distancias lo más rápida y eficazmente posible. Aquí estaba, por tanto, el puente natural, físico, que uniría a los miembros de la familia ahora separados, que permitiría asegurar en una medida razonable que los hijos recibirían el dinero que el padre les enviaba periódicamente a un país lejano.

Esta era la operación clave: trasladar dinero. Joan y Jeroni, que partieron en 1470, no volvieron a Valencia, en ningún caso, antes de 1478, y Joan, si alguna vez volvió, lo hizo probablemente mucho más tarde. El traslado de personas fue, por lo tanto, mínimo. Y sólo en contadas ocasiones hizo Lopiç uso de las diversas compañías comerciales para enviar enseres en sus barcos. La financiación de los años de estudio en Italia se realizó, en lo fundamental, a través de operaciones bancarias, de forma que prácticamente lo único que viajó entre Italia y Valencia fue papel escrito. En este sentido banqueros y mercaderes eran, como el propio Lopiç, profesionales de la escritura. Por otra parte el notario era persona de crédito, solvente, y pertenecía a un grupo socio-profesional al cual el mercader recurría a diario. De hecho,

(6) Cfr. HAJNAL, I.: "Le rôle social de l'écriture et l'évolution européenne" *Revue de l'Institut de Sociologie Solvay*, XIV (Bruselas, 1934), págs. 23-53 y 253-282.

(7) Cfr. A.R.V., *Clero*, libro 1777, fol. 55

(8) Del viaje realizado por Antoni Lopiç entre 1450 y 1451, que le llevó a recorrer toda Italia y el sur de Francia, conservamos un escueto diario escrito por el propio notario (Cfr. A.V.R., *Clero*, libro 1777, documento suelto). Otros viajeros valencianos de la época eran también conscientes de los peligros del mar, como es el caso de un Perot Joan, bachiller en medicina, a quien su padre aseguró en su persona, sus libros y sus ropas antes de embarcar hacia Génova, probablemente para continuar sus estudios de medicina, y no por miedo precisamente al naufragio, sino a los ataques de los corsarios genoveses (Cfr. A.P.P.V., nº 21936, 27 de septiembre de 1474).

existían en Valencia notarios que vivían casi exclusivamente de la escrituración de asuntos mercantiles, y algunos de ellos incluso participaban en tales negocios. No es éste el caso de Lopiç, más ocupado en la administración pública y relacionado sobre todo con pequeños nobles y burgueses acomodados, pero, como la práctica totalidad de sus colegas, contaba con comerciantes entre su clientela o bien los asuntos de sus otros clientes le obligaban a tratar con ellos. Asimismo, la gestión de los negocios de la administración pública, a menudo en manos de notarios como el síndico Joan Marromà (9), lleva a éstos a adentrarse en las prácticas comerciales de la época. Mercaderes y notarios pertenecen, de hecho, a un mismo medio social: muchos notarios valencianos del siglo XV proceden de familias de mercaderes o emparentan con ellas.

Antoni Lopiç utilizó, por tanto, los servicios de quienes mantenían contactos a ambos lados del mar, los mercaderes cuyo mundo no le era ajeno. Unas veinte letras de cambio fueron remitidas a Valencia por Joan y Jeroni Lopiç entre 1470 y 1478 utilizando, en un primer momento, los servicios de dos italianos asentados en esta ciudad, el pisano Gregorio de Chicoli y el genovés Franco Gavoto, a través de quienes se realizaban también los sucesivos envíos de ropa y libros. A partir de 1473 el notario entra en tratos con los Roiç, cambistas valencianos que gestionarán sus créditos a través de las compañías italianas Pazzi, Spannochi o Medici.

Siempre a través de estas compañías, Lopiç utilizará tres formas distintas para trasladar su dinero a Italia:

a) por vía de crédito, la más usual y que comporta menos riesgos, pues cuando el notario libra el dinero en Valencia sus hijos ya lo han recibido en Italia. El crédito se concedía previo compromiso por escrito del beneficiario obligándose a responder a las letras de cambio que se derivarían de dicha operación. A continuación la compañía de Valencia haría llegar el dinero a su destino a través de otra compañía asentada en Italia con la cual, lógicamente, mantenía tratos comerciales. En ese momento el destinatario libraba una letra de cambio que la compañía italiana hacía llegar a la valenciana y ésta presentaba al deudor, quien debía pagarla dentro del plazo preestablecido.

b) mediante una transferencia de fondos entre dos bancos, uno en Valencia y otro en Italia. Este sistema fue menos utilizado por el notario Lopiç, que debía entregar el dinero a la compañía valenciana para que ésta diera orden a la italiana de librar la cantidad en cuestión al destinatario. Esta operación se resolvería a través de una letra de cambio que la compañía valenciana, como receptora del dinero, libraría al destinatario de dicho dinero, quien presentaría la letra a la compañía en cuestión recibiendo la cantidad expresada y entregando la letra con el adecuado reconocimiento de pago;

c) recurriendo a los créditos de terceras personas con las que mantenía relaciones de amistad, compañerismo o familiares, las cuales enviaban dinero a Italia por medio de cualquiera de los dos sistemas anteriores y lo cobraban directamente en Valencia de manos del notario Lopiç (10).

Hay dos cuestiones a las que resulta más complejo contestar. Por un lado, cuánto costó la estancia de Joan y Jeroni Lopiç en Italia durante nueve años y, por otro, en qué medida tales gastos interesaron el conjunto de los recursos económicos de la familia.

No podemos asegurar que el mencionado memorial contenga la totalidad de los gastos efectuados por el notario en relación con la estancia de sus hijos en Italia, pero sin duda contiene aquellos que eran cuantitativamente más importantes o que por su sistema de gestión —envíos a través de terceras personas, letras de cambio, créditos, etc.— requerían ser controlados por escrito en todos sus detalles. Por lo demás, es prácticamente imposible establecer una relación cuantitativa entre la suma total de los gastos recogidos —unos 29.000 sueldos de moneda valenciana— y un monto global de los bienes de Lopiç del cual no disponemos, dado que el conjunto del libro de cuentas donde dicha información está incluida no es una contabilidad completa de los recursos económicos de su autor, sino únicamente de una parte de ellos y quizás no la más importante.

El libro no está compuesto en función de las propiedades, sino de la necesidad de retener cierta información de carácter económico especialmente proclive a perderse en los recodos de la memoria. Los gastos de Italia son de este tipo: periódicos, cuantitativamente irregulares, canalizados a través de terceras personas y compañías comerciales diversas e incluso mediante sistemas diferentes. No sabemos nada en absoluto, por ejemplo, de los ingresos que supuso a Lopiç el ejercicio privado de la notaría, y malamente conocemos cuánto pudo ganar con su trabajo en la escribanía de la Gobernación de Valencia. Y éstas eran sus fuentes de ingresos fundamentales. Sus propiedades inmuebles —casas o tierras— asoman en el libro cuando son objeto de transacción, pero es imposible delimitar su cuantía y valor global. Sabemos que se benefició, por herencia de su primera esposa, de los bienes acumulados por el abuelo

(9) Puede seguirse de forma sucinta la carrera de este personaje en los cargos públicos de la ciudad de Valencia a través de la obra de CARRERES ZACARÉS, S.: *Libre de memòries de diversos sucesos a fetes memorables e de coses senyalades de la ciutat e regne de València (1308-1644)*. 2 vols. Valencia, 1930/1935.

(10) La participación de las compañías comerciales, concretamente italianas, en la financiación de estudios en universidades de ultramar, ha sido estudiada por F. MELIS a fin de ejemplificar cómo las técnicas mercantiles podían ponerse, en el siglo XV, al servicio de intereses no propiamente comerciales. El autor centra su trabajo en alumnos portugueses de la Universidad de Bolonia, si bien apunta que los procedimientos utilizados por éstos debieron ser comunes a catalanes y valencianos (Cfr. MELIS, F.: "Sul finanziamento degli allievi portoghesi del Real Colegio de España di Bologna nel XV secolo", *Studia Albornotiana*, XIII (1973), págs. 419-434).

de ésta, un tal Pere Sort, tendero de profesión, pero es imposible determinar en qué consistían tales bienes ni cuanto importaban. Por aquí el camino está cerrado. Haremos, con todo, algunas consideraciones en base a una serie de datos puntuales, eminentemente cualitativos, que relacionan la financiación de los estudios de Italia con un importante esfuerzo económico y se desprenden de la evolución de las inversiones censales del notario y de la correspondencia privada.

Antoni Lopiç heredó de su primera esposa, en 1446, un censal de 21 sueldos anuales. En 1448, cuando casó en segundas nupcias con la hija del notario Nicolau Menor, recibió como parte de la dote cuatro censales más de rentas anuales variables entre 33 y 75 sueldos. A partir de 1449 comienza a invertir en censales por vía de cargamiento directo o adquisición de derechos a terceros. Compra, por término medio, un censal por año entre esta última fecha y 1469. Así, aunque desde 1454 comienza a desprenderse de algunos, la curva de inversión censalística es siempre ascendente hasta finales de los años sesenta. En su punto culminante, el año 1468, el notario cuenta con 27.000 sueldos invertidos en este tipo de deuda. En el momento en que Joan y Jeroni marchan a Italia, año 1470, la inversión en censales ha dejado de crecer, y al año siguiente comienza a disminuir. La caída se prolonga hasta 1478, cuando Jeroni regresa a Valencia y se da por cerrado el *memorial de gastos*. En ese momento Lopiç conserva, invertidos en censales, unos 15.000 sueldos.

En este caso las cifras tienen menos interés que la propia tendencia de movilización del capital y su cronología, puesto que es imposible saber de donde salieron todas y cada una de las partidas de dinero enviadas a Italia y, desde luego, la liquidación de censales no pudo, con diferencia, cubrir las todas. No cabe duda, sin embargo, que la necesidad de afrontar una serie de gastos continuos, de contar con dinero líquido, obligó al notario a movilizar el conjunto de sus medios económicos.

Otro dato: del total de nueve censales registrados en el libro como cargados por Lopiç en favor de terceros, de cuyas pensiones por tanto debía responder anualmente ante los diferentes acreedores, seis lo fueron entre 1470 y 1478, y algunos de ellos repondían, explícitamente, a la necesidad de hacer frente a las letras de cambio giradas por sus hijos desde Italia. A esto hay que añadir algunos préstamos pedidos a amigos y colegas en esta época. En 1476 el notario Mateu Cirera le prestó 30 libras, una suma considerable, sin más garantía que un albarán autógrafo que Lopiç le entregó en reconocimiento de la deuda. Ambos notarios mantenían tratos a nivel profesional y de compañerismo desde mucho antes. En 1488 una hija de Lopiç casó con un hijo de Cirera. El recurso al crédito de terceras personas, antes mencionado, habría que incluirlo también aquí como expresión del apoyo buscado dentro del círculo de familiares y afines en un momento de esfuerzo económico: sería el caso del canónigo Martí Enyego, a quien Lopiç recurre en varias ocasiones, y al cual Joan Lopiç trata con evidente familiaridad como *de mi car com a pare* (11).

En líneas generales podemos decir que Antoni Lopiç consiguió responder a las obligaciones derivadas de la estancia de sus hijos en Italia movilizando sus recursos económicos a partir de tres elementos básicos: 1) sus medios económicos propiamente dichos, relacionados fundamentalmente con el ejercicio de su profesión; 2) su credibilidad, que hace referencia por un lado a su solvencia económica y por otro a su prestigio social, directamente relacionado también con su profesión y que se traduce en la consecución de préstamos y créditos; y 3) la solidaridad de su medio socio-profesional, que le facilita en ocasiones la consecución de liquidez.

Sin embargo, todo esto no tenía por qué comportar la seguridad del éxito. Para Antoni Lopiç y sus hijos fue necesario algo más, un elemento cualitativo tan trascendental como el favor de los poderosos, de quienes poseían, en definitiva, las llaves de la fortuna: como señala A. Tenenti, la "familia burguesa" entablaba relaciones con otros grupos bajo la divisa del provecho (12).

Para Antoni Lopiç y los que como él vivían del ejercicio de una profesión relacionada con la vida administrativa, la cercanía a la clase dominante venía a suponer mayor seguridad en el trabajo e indudablemente un nivel de ganancias más elevado. Como beneficiario de prebendas otorgadas por el poder real, el grupo nobiliario puede disponer del usufructo de oficinas de escrituración que, dada la creciente burocratización del ejercicio del poder, se habían convertido en negocios atractivos, no sólo para sus señores útiles, que cuentan en general con rentas de procedencia diversa, sino también para los mismos notarios, que añaden a su trabajo cotidiano, privado, un trabajo administrativo ejercido en régimen de monopolio y que cuenta con clientela abundante y segura. Porque el noble, pese a haber adquirido los derechos de explotación de una escribanía, es incapaz de hacerlo personalmente. De este modo, a través de las familias Monsoriu y Jaffer, Antoni Lopiç consiguió acceder, primero como arrendatario y luego como regente, a la escribanía de la Gobernación de Valencia, una de las bases económicas sobre las que se asentaría la promoción de su familia.

Por otro lado, la relación con estas familias nobiliarias o patricias, cuyos asuntos económicos son cada vez más complejos, supone también el acceso del notario a una clientela *superior*, segura y adine-

(11) Utiliza esta expresión en una letra de cambio remitida a dicho canónigo en 1477. En otra de 1478 se refiere a él como *sacre theologie professori mihi tanquam patri observandissimo domino magistro Martino Enyego, canónico valentino* (Cfr. A.R.V., Clero, libro 1777, documentos sueltos).

(12) Cfr. TENENTI, A.: "familia burguesa e ideología en la Baja Edad Media", trad. castellana en Firpo, A.R. (ed): *Amor, familia, sexualidad*. Barcelona, 1984, págs. 159-169.

rada, cuyas transacciones implican un mayor volumen económico y, por tanto, engrosan el margen de ganancias de dicho notario. Pero, con todo, estos beneficios pecuniarios serían lo menos atractivo de tal relación. Pensemos que dirigir la escribanía de la Gobernación no supone para Lopiç únicamente un determinado nivel de ingresos, sino también un prestigio profesional y, desde luego, social. De la misma forma, la cercanía a los poderosos entraña la apreciación del individuo en la sociedad. Efecto que tiene repercusiones económicas no despreciables en una sociedad donde la riqueza está cada vez menos relacionada con la posesión material del dinero que con la mayor disponibilidad de créditos, directamente dependientes de la *imagen social* del individuo. *Meglio è a l'uomo avere buona fama in questo mundo che avere un gran tesoro*, escribía Paolo de Certaldo, otro mercader florentino (13). La virtud debía cuidar, sobre todo, la buena apariencia, el prestigio ¿Y qué mayor prestigio que gozar de la confianza de aquellos a quienes se supone mayor virtud?

El notario acaba siendo un personaje necesario en las proximidades del poderoso. Le aconseja en asuntos legales, financieros y hasta familiares. Relación cotidiana donde el noble necesita del notario-técnico para llevar adelante sus asuntos y éste necesita del primero para ampliar sus expectativas socio-económicas. Se establece inevitablemente una relación servicio-recompensa que conserva mucho del mundo feudal. Por un lado, el servicio del notario, de Lopiç en concreto, trasciende la mera actuación profesional para afectar a cualquier menester, grande o pequeño, que se exiga explícita o implícitamente de él. Tareas relacionadas siempre, por supuesto, con pagos, representaciones, contabilidades, etc. En contrapartida el poderoso extiende hacia su servidor todo el potencial benéfico derivado del lugar que ocupa en la comunidad. La recompensa, pues, no se limita al salario, sino que éste se verá incrementado por la inclusión del notario, con categoría de *cliente*, dentro de los círculos de solidaridades familiares y de clase del noble. Esto sólo significa una cosa: siempre que sirve los intereses de nobles como los Jaffer o los Monsriu, Lopiç está sirviendo sus propios intereses, potenciando su ascenso en la sociedad. No debemos, sin embargo, quedarnos con la imagen de una simple actitud servil del notario hacia el poderoso, ni tampoco con la de una estricta comunidad de intereses entre ambos, sino antes bien pensar en una especie de simbiosis donde los intereses del uno vendrían a sustentarse en las necesidades del otro.

No nos extenderemos aquí en detallar la relación de servicio establecida entre Antoni Lopiç y la pequeña nobleza urbana, pues nuestro interés se centra, fundamentalmente, en los estudios universitarios de sus hijos. Pero no sería posible entender el sentido de tales estudios, la dimensión de los beneficios que piensan obtenerse de ellos, sin tener en cuenta esa dimensión de servicio que es, en definitiva, el camino por el que se pretende rentabilizar dichos estudios.

Se conserva en el interior del libro de cuentas de Antoni Lopiç una carta remitida desde Valencia por Beatriz, hermana del cardenal Rodrigo de Borja, a Bertomeu Vallescar, secretario de dicho cardenal. En ella, además de protestar porque no recibe cartas de su atareado hermano, Beatriz recomienda al secretario que emplee los servicios de Joan Lopiç, un joven bachiller en Teología, hijo de un antiguo *servidor*, que por aquellos días estaba en Roma. Esta carta no hizo por sí misma la fortuna de Joan Lopiç en Roma, pero señala el comienzo de su carrera en la corte pontificia (14).

La relación de los Lopiç con los Borja es bastante indirecta en la primera generación, la del notario. Este mantenía relaciones estrechas con Pere Jaffer, señor útil junto con su hermano Lluís de la escribanía de la Gobernación, al igual que previamente las mantuvo con Aldonça Monsriu, viuda de Dalmau Jaffer, anterior señora útil. Ahora bien, dicho Pere Jaffer estaba casado con una Borja, Isabel, al menos desde 1471. Utilizando las relaciones de parentesco de los nobles a quienes servía, Lopiç esperaba recoger los frutos de largos años de desvelos. Y la apuesta era importante, pues Rodrigo de Borja no era un pequeño noble, sino la encarnación del poder con mayúsculas, el que se gestionaba en las grandes cortes europeas alrededor de la cúspide de la sociedad, los reyes y los papas. Esta es la diferencia que la Universidad de Bolonia y el *aprendizaje* en la corte de Roma marcaron entre un Antoni Lopiç, notario puesto al servicio de pequeños nobles provincianos, y sus hijos, aspirantes a formar parte del cortejo de los grandes de este mundo. A partir de este punto podemos comenzar a calcular los beneficios reales que reportaron a la familia sus tratos con la nobleza ciudadana. Comprendemos también cuál es el camino de promoción elegido y en que grado la familia participa de ese "espíritu moderno", original, que a menudo se atribuye al burgués renacentista. Comprendemos, en definitiva, cuál es la *actitud social* afirmada por el padre y reproducida por los hijos.

(13) Cfr. BEC, Christian: *Les marchands écrivains...*, pág. 108.

(14) (...) *Mossen molt magnífich: aquí en Roma atura en Johan Lopiç, bacheller en Teologia. Es fill de un home que és servidor de la casa nostra molt antich e és scrivà de la cort de la Governació en la present ciutat (Valencia). Yo li só molt obligada. Es certament persona tant bona que per ses virtuts e bondats me obligen fer per ell, per que us prech e deman de gràcia per lo interés meu e per satisfer a la obligació que tinch al dit son pare, vullau haver per recomanat lo dit Johan Lopiç en tot quant haia mester aquí, axí del reverendíssim senyor e de nostre senyor lo Papa com de vos, en esser-li bon protector axí en spectatives per a dignitats e beneficis com en totes altres coses, vull que per lo respecte meu lo diferenciéu de tots altres e que penseu que és cosa mia pròpia e façau per ell quant farieu per mi, que en tant compte e stima vos ho tendré, e conegau lo dit Johan Lopiç per sperència per que aquell puxa scriure al dit son pare quant la letra mia vos obliga fer per ell de gràcia (...)* (Cfr. A.R.V., *Clero*, libro 1777, documento suelto). La carta aparece firmada por *Arenosa de Borja*, que identificamos como Beatriz de Borja, casada con el noble valenciano Eximén Pérez de Arenós. Tampoco se especifica en ella el año en que fue escrita, si bien podemos fecharla con cierta seguridad en 1474, año en que Joan Lopiç se instaló en Roma, según se desprende del memorial de gastos realizado por el padre.

No podemos engañarnos tampoco respecto al carácter eminentemente utilitarista de la vocación eclesiástica de Joan Lopiç. Ni dejar de ver detrás de ella la estrategia paterna, consciente de la oportunidad que significaba su relación con los Borja si se invertían esfuerzos y dinero en hacer carrera en Roma. Tal consideración debió ser determinante a la hora de orientar a Joan hacia la realización de unos estudios de Teología breves, pero que le permitieron pasar de Bolonia a Roma en 1474 contando con algo que esperaba fuera más eficaz que ese título de doctor que tanto prestigio confería: una carta que le abriría el camino de la fortuna y a través de la cual venía a heredar los años de servicio invertidos por la anterior generación.

Existen más cartas: tres fechadas en Roma y otra en Bolonia (15). Remitidas a Valencia entre abril y diciembre de 1476 (16), reflejan la intranquilidad del conjunto de la familia: Jeroni aún no había terminado sus estudios de leyes y Joan, tras dos años al servicio del cardenal, no acababa de ver cuajar sus esperanzas. Para entonces los gastos ocasionados por la estancia en Italia comenzaban a ser cuantiosos. La preocupación por el fracaso, patente sobre todo en las cartas de Joan, más extensas y minuciosas que la de su hermano, cuaja en torno a dos puntos de inquietud: la escasez de dinero y la peste.

En las cuatro cartas se dan noticias de la evolución de las epidemias en las diferentes ciudades de residencia, pero en todo caso se desprende la impresión de que es mayor la contrariedad que dicho fenómeno supone para los planes de la familia que el propio temor a la enfermedad.

Jeroni huyó de Bolonia llevándose sus libros detrás, lo cual, a juicio de su hermano, pudo ser una acción precipitada fruto de su carácter un tanto timorato: *la sua partida me ha paregut fos stada feta per la molta por que ell té a la peste*. Miedo, real o imaginario, a una enfermedad que parece contagiarse mediante rumores, que aparece o remite *segons fama o per moltes persones de aquesta cort qui-n tene avís*. Ni el Papa, obligado según Joan a hacer reunir y declarar bajo juramento a los médicos romanos sobre la situación de la epidemia, parece tener noticias fidedignas. La huida parece imponerse como medicina más eficaz, y aquí es donde semejante situación perjudica los intereses de la familia. El Papa abandona Roma, el cardenal Borja organiza cacerías en sus dominios episcopales, Jeroni se instala en Pisa. La curia pontificia se paraliza: *per causa de la peste, que encara dura, no si fa res en cancelleria*. Las expectativas de Joan se congelan y los estudios de Jeroni, abandonados momentáneamente, no parecen encontrar final.

En octubre de 1476, Jeroni Lopiç había regresado ya a Bolonia. La epidemia no había desaparecido aún y Jeroni estaba dispuesto a volver a marcharse si se recrudecía a pesar del frío. Lo cual, explica a su padre, no sería sino un contratiempo —*un gran destorp*— para sus estudios. Preocupación de la que participan su padre y su hermano Joan. Quizás fueron las presiones de éstos lo que aconsejó a Jeroni aplicarse:

«De micer Genònim tinc letra de Ill del present (mes de novembre) com està bé e com treballa fort en lo studi e en expedirse. Yo us avís que axí per pròpia virtud sua com encara per les continues amonestacions de micer Gaçet e mies, ell fa lo dever e té gran voluntat de spachar son studi. *Podeu-ne star ab lo cor segur e reposat.*»

Conviene que nos detengamos un momento en este personaje, Jeroni Lopiç, y en los estudios que realizaba en esta época. Mientras su hermano Joan trataba de hacer carrera en Roma, él empeñaba su esfuerzo físico y el dinero de su padre en adquirir una determinada titulación que le abriera el mundo de los profesionales de las leyes, no en el nivel que pudieramos llamar meramente técnico de su padre, sino en otro superior, el de los doctores, los expertos de las leyes. Un grupo nuevo, surgido de las universidades, que respondiendo a las necesidades del poder político no había cesado de crecer desde el siglo anterior. No nos extenderemos aquí, sin embargo, en los cambios de la concepción y práctica del poder que se generalizan en la época renacentista. Nos interesa, eso sí, una de sus consecuencias: el surgimiento lento de ese nuevo personaje, el *letrado*, cada vez más identificado con la administración pública (17).

Yves Barel ve crecer este grupo de técnicos del poder desde el siglo XIII, siempre en torno a reyes, papas, príncipes y al gobierno de las grandes ciudades, viniéndose incluso a definir a través de él, y desde el siglo XV sobre todo, un nuevo modelo de acceso y ejercicio del poder. Otra característica importante del grupo, siempre según este autor, sería, junto a su tecnicidad, un cierto principio de autonomía

(15) La correspondencia entre los diversos miembros de la familia debió ser mucho más intensa, según referencias hechas en las cartas que han llegado hasta nosotros. Dice Jeroni Lopiç: *Mon germà me ha scrit esta setmana... Micer Gaçet està a Pisa; totes setmanes me scriu e yo a el, en manera que quasi totes setmanes o d'ell o de mon germà yo rep lletres...* (Cfr. A.R.V., Clero, libro 1777, doc. suelto).

(16) Concretamente las tres de Joan Lopiç están fechadas en Roma a 3 de abril, 9 de noviembre y 6 de diciembre, la de Jeroni de Bolonia a 20 de octubre de 1476, y los originales se encuentran sueltos dentro del mencionado libro de cuentas de Antoni Lopiç. A ellos remitimos las referencias literales incluidas en las siguientes páginas.

(17) Si originalmente el "litteratus" designa al "gramático", se irá desplazando su significación, sobre todo al vulgarizarse el término, hacia los juristas, para quedar referido a los que por estudios de las letras, y principalmente del Derecho, ocupan función pública (Cfr. MARAVALL, J.A.: *Estado moderno y mentalidad social, siglos XV a XVII*. Vol. II, Madrid, 1972, pág. 465).

zación con respecto a los grupos sociales de origen de dichos técnicos (18). Origen que adquiere unos tintes u otros según los diferentes autores. J.A. Maravall, por ejemplo, acentúa la participación de los que llama "grupos medios" burgueses, dada la mayor capacidad que les supone para llevar a cabo tareas políticas eminentemente "modernas" (19). Para tales elementos la burocracia es un cauce por el cual ascender en la escala social. Yves Barel y Perry Anderson, por el contrario, estiman que dicho cauce fue también ampliamente utilizado por la nobleza que buscaba cobijo a la sombra del nuevo estado. Para Anderson la participación de la burguesía en tal actitud no evidenciaría sino su sumisión a la clase nobiliaria dominante (20). Barel, un tanto más ecléctico, ofrece una forma de ver las cosas que nos parece más explicativa: la nobleza compone en gran medida ese grupo de técnicos del poder, incluso en el período bajomedieval es con mucho mayoritaria dentro de él. A finales del siglo XV, siempre según este autor, la burguesía parece ganar posiciones, pese a no desaparecer en absoluto el componente nobiliario. El resultado de tal proceso de conjunción sería la creación de algo nuevo, intermedio si se quiere:

«Los técnicos del poder tienden un puente entre nobleza y burguesía, al mismo tiempo que empiezan a autonomizarse con respecto a una y otra» (21)

Este fue, sin duda, el *puente* que utilizó la familia Lopiç, lógicamente porque era el más accesible a sus capacidades intelectuales y sus disponibilidades económicas. Pasaba necesariamente por la Universidad y ésta, utilizada cada vez más como medio de promoción por profesores y alumnos, vió derivar paulatinamente sus enseñanzas hacia el campo técnico, con el consiguiente menoscabo de sus facetas de creación cultural y filosófica (22), a la vez que los universitarios tienden cada vez más a constituirse en cuerpos cerrados y elitistas, requiriéndose del estudiante un mayor esfuerzo económico que, en consecuencia, fue eliminando a las clases menos adineradas (23). No podemos, por tanto, engañarnos con respecto a la anchura real de este puente. Los estudios eran caros, en absoluto asequibles a cualquiera.

Pero no sólo Jeroni, el hijo menor, siguió este camino de promoción. ¿En qué otra cosa se convirtió su hermano Joan sino en uno más de esos técnicos del poder?. En 1475 su padre se refiere a él como *secretari del senyor Cardenal*, categoría sin duda exagerada para aquella fecha, cuando Joan era poco más que un joven ambicioso integrado en el séquito de Rodrigo de Borja, pero que es indicativa del tipo de funciones que comenzaba a desempeñar. Lo cual, al fin y al cabo, le venía dado casi por herencia. No en vano la carta de Beatriz de Borja señala explícitamente que su padre era escribano de una de las instituciones fundamentales de la administración valenciana. Joan, además, pretendía hacer carrera dentro de una administración tan compleja como la vaticana, y para ello era necesario desarrollar este tipo de capacidades. De hecho, en 1492, y no ya por la pluma del padre, sino en un documento público, se presenta a este personaje como *notari e secretari del reverendísimo senyor Cardenal* (24), y para entonces estos títulos no reflejan tan sólo las ilusiones del notario Lopiç.

Volvamos, sin embargo, a Jeroni y hagamos un somero repaso de lo que fue su vida después de 1478. Una vez en Valencia, ese mismo año, el joven doctor en leyes se integró en el grupo de los juristas de la ciudad mediante un examen ceremonia similar al que había realizado su padre para acceder en 1453 al de los notarios:

«...vengut lo dit micer Jerònim de la ciutat de Bolunya. fet ja doctor en cascún dret, migañant lo auxili divinal e de la gloriosísima verge Maria, advocada nostra, féu lo acte de repetició en la Sala de la present ciutat, segons que cascún juriste és tengut fer ans de exercir son offici de jutgar ni advocar... del qual acte, a la oppinió e dita de tots, aquell, per gràcia de Nostre Senyor, exqué honradament...» (25).

Casi inmediatamente, en diciembre de 1478, consiguió su primer cargo público en la administración urbana: el de asesor del Justicia Criminal. En 1482 sería elegido asesor del Justicia Civil y en mayo de 1490 se convertiría en Jurado de la ciudad por el brazo militar, y esto es importante, porque significa que para entonces ya había conseguido la dignidad de caballero (26).

(18) Cfr. BAREL, Yves: *La ciudad medieval. Sistema social-sistema urbano*. Trad. castellana. Madrid, 1981., pág. 423.

(19) *...la burocracia, según ello, iba siendo acaparada por las gentes del nivel de la burguesía o procedentes de ella: ciudadanos y comerciantes, grupos cuya mentalidad ya tan ligada a las novedades políticas e intelectuales del mundo moderno* (Cfr. MARAVALL, J.A.: *Estado moderno...*, pág. 489).

(20) Cfr. ANDERSON, P.: *El Estado absolutista*. Trad. castellana. Madrid, 1979.

(21) Cfr. BAREL, Yves: *La ciudad medieval...*, pág. 425.

(22) Cfr. *Idem*, pág. 424.

(23) Cfr. LE GOFF, Jacques: *Los intelectuales en la Edad Media*. Trad. castellana, 2ª ed., Buenos Aires, 1971.

(24) Se trata de los capítulos matrimoniales establecidos entre los Borja y los Proxida con ocasión del matrimonio entre una hija del cardenal, Lucrecia, y Gaspar de Proxida, hijo del conde de Almenara. En ellos se indica como los poderes otorgados por el Cardenal y su hija a sus procuradores han sido recibidos conjuntamente en Roma por dicho Joan Lopiç, actuando como notario, junto con otro notario romano (Cfr. A.P.P.V., nº 26640/Francesc Menor, 1492).

(25) Cfr. A.R.V.. *Clero*, libro 1777, fol. 76v.

(26) Puede seguirse la carrera pública de Jeroni Lopiç a través de la mencionada obra de CARRERES ZACARÉS, S.: *Llibre de memòries...*, págs. 664, 682 y 698. También su padre recoge en su libro el nombramiento de Jeroni como jurado de la ciudad (Cfr. A.V.R., *Clero*, libro 1777, fol. 76v).

Hemos señalado ya las posibilidades que los estudios universitarios, sobre todo los de leyes, abrían a quienes deseaban hacer carrera en la administración pública —y podían pagarlos—, resaltaremos ahora los altos rangos de consideración social que corrían parejos a tal situación. En ningún momento explica Antoni Lopiç las circunstancias en las cuales se produjo el acceso de su hijo al brazo militar. Su lacónico comentario, en cambio, parece mostrar dicho acontecimiento como la culminación de un antiguo deseo:

«...lo dit Jerònim, com fos ja cavaller, fonch elet en jurat de la insigne ciutat de València, ensemps ab lo magnífich mossèn N'Ot de Borja per lo braç militar, e per los ciutadans los magnífichs En Fachs, en Boll, En Bonet e En Polo» (27).

Era quizás algo a lo que la familia aspiraba tiempo antes, pero no deja de resultar difícil asegurar por que mecanismo concreto el hijo de un notario de orígenes poco definidos pudo alcanzar semejante categoría. Sí señalaremos la existencia de un significativo privilegio otorgado a la ciudad por Alfonso V el Magnánimo, donde se concede condición y privilegio militar a los doctores, jurisperitos, licenciados y otros ciudadanos que ejercieran ciertos oficios públicos (28). Es ciertamente probable que fuera ésta la vía institucional de ennoblecimiento para la familia Lopiç, vía que pasaba por la Universidad y por la administración pública, hecha a la medida de aquellos técnicos del poder ambiciosos que no procedían de la clase dominante pero que ansiaban obtener su rango, sencillamente porque la *nobleza* seguía siendo el valor social superior por antonomasia.

Pero no podemos pensar que la realización de semejante meta supusiera fusión. Como señala Bernard Guenée, estos nuevos nobles-burócratas habían quedado tan marcados por la impronta de su función administrativa que raramente se integraron en la vieja aristocracia militar (29) y, por otra parte, quizás tampoco contaran con los medios económicos para ello: Jeroni continuará ejerciendo por muchos años su profesión de jurista y administrador al servicio tanto del poder público como de particulares poderosos. Como su padre, extraña de su trabajo la parte más substancial de sus medios de vida.

Hemos esbozado el esfuerzo económico que para la familia Lopiç supuso costear nueve años de estudios y aprendizaje a dos de sus miembros. Esfuerzo que no sólo se asienta sobre una mayor o menor disponibilidad de recursos materiales, sino también sobre un "motor psíquico" fundamental: la ambición, tan íntimamente asociada a cualquier fenómeno de promoción social (30). Ambición que había sostenido los éxitos del padre y que se hace explícita en boca de sus hijos. Dice Jeroni:

«...mon germà me ha scrit esta setmana com havia hagut un offici que li val III ducats lo més, e spera prest haver maiors coses, car és molt en gràcia del reverendísimo senyor vicecanceller e de molts altres. Així que Déu per sa mercé lo-y vulla prosperar per bé...»

Ambición en aras de la cual tan a menudo se invoca la protección divina. Pero la virtud más desarrollada en estos hombres no es la piedad religiosa. Muchos autores han señalado el carácter utilitarista de la religión del mercader bajomedieval, de sus virtudes en general, lo que conlleva un claro divorcio entre ideal religioso y vida cotidiana, evitando de este modo caer en contradicciones que pudieran resultar negativas para la marcha de los negocios. Lopiç y sus dos hijos se ajustan al modelo: las menciones piadosas hechas por ellos tanto en el libro de cuentas como en la correspondencia son bastante más escasas y esquemáticas que las señaladas por Bec en las obras de sus mercaderes florentinos, y cuando asoman no hacen sino arropar deseos que son, evidentemente, de este mundo.

Sus virtudes son otras, hechas a su medida, imprescindibles para asegurar el logro de sus fines. Ante todo la capacidad de esfuerzo. Escribe Joan:

«...de micer Gerònim tinc continuament letres com stà bé e treballa fort, e tal relació ne tinc yo per diverses vies. Ell conex ia que és als derrers anys de son estudi e és temps de strenyer lo cos...»

Esfuerzo económico y esfuerzo físico: de nada serviría el uno sin el otro, ante todo porque el primero no podría mantenerse por tiempo indefinido. El conjunto de la familia participa en ese esfuerzo por procurar el éxito de sus miembros y, por tanto, al igual que fiscaliza la inversión económica, vigila el esfuerzo físico que debe rentabilizar dicha inversión. Joan está al tanto de los progresos de su hermano e informa personalmente a su padre, justifica la actuación de aquél —junto con la suya propia— pero no duda en "amonestarlo", en recordarle sus obligaciones cuando considera que es preciso:

(27) Cfr. A.R.V., *Clero*, libro 1777, fol. 76v. No nos es posible constatar la identidad del otro jurado por el brazo militar, Ot de Borja, sin insistir en lo beneficioso que para los Lopiç resultó su vinculación con esta poderosa familia.

(28) Dado en Tortosa a 15 de marzo de 1420, dice literalmente: *...omnes cives honorati, doctores et licenciati, iuriperiti et alii cives qui exercuerint vel exercerent in futurum officia iusticiatus criminalis, civilis, iuratorum et mustaçafii seu aliquod ex dictis officis... habeantur et reputentur milites ac si insignia militaria recepissent...* (Cfr. ALANYA, Lluís, ed.: *Aureum Opus regalium privilegiorum civitatis et regni Valentie*. Ed. facsímil. Valencia, 1515/1972, págs. 425-426).

(29) Cfr. GUENÉE, B.: *Occidente durante los siglos XIV y XV. Los Estados*. Trad. castellana. Barcelona, 1975, pág. 214.

(30) La expresión es de MURRAY, A.: *Razón y Sociedad en la Edad Media*. Trad. castellana. Barcelona, 1982, pág. 96.

«...per pròpia virtut sua com encara per les contínues amonestacions de micer Gaçet e mies, ell fa lo dever e té gran voluntat en spachar son studi...»

Virtud que se complementa con otras actitudes igualmente rentables. Ante todo con la austeridad, que evita que los recursos sean desviados hacia lugares donde no serán capaces de generar el debido beneficio, es decir, que impide dilapidar el dinero en placeres mundanos, y está asociada con la madurez del individuo que ha superado actitudes juveniles, atolondradas:

«Siau certíssim, *escribe Joan*, que per la edat que tenim tots nos studiam en no lanç(ar) ne despense *vanament* los diners...»

También con la constancia, actitud de vigilancia atenta para no dejar escapar las buenas oportunidades, para no caer en la molición ni perder el tiempo:

«...no cregau quem oblide de mi mateix, nec que dormiam.»

Dedicación, esfuerzo: sólo a partir de aquí puede tenerse una razonable esperanza en el éxito. *Los efectos ho demostraran.*

Pero no basta únicamente con eso. El esfuerzo es una virtud fundamentalmente activa: parece necesario atemperarla con una cierta dosis de paciencia. Y Joan demuestra saber de ella más que su padre, aunque en esto los papeles de cada personaje están perfectamente interpretados. El cabeza de familia, alejado del lugar donde se gestiona de hecho su inversión, de quien se requiere dinero con frecuencia, que sin duda se quejaba cuando veía disminuir sus disponibilidades, desearía que los acontecimientos se aceleraran. Tiene prisa, exige intensificar el esfuerzo. Mientras tanto, su hijo Joan, inmerso en las iniquidades de este mundo, ve como se pierden las oportunidades, necesita más tiempo.

«Preniu paciència en les pecúnies que haveu despés e despenseu continuament... no us congexeu si algun tant vos par que tarde, car no és meravella encara.»

No es suficiente con invertir sólo dinero, hay también que invertir tiempo. Años si es necesario:

«...devem pensar, d'altra part, que lo Món no's féu en un dia.»

Joan había encontrado dificultades en Roma, pese a haber logrado apoyar su carrera en alguien de la estatura del cardenal Rodrigo de Borja. A finales de 1476 la peste paralizaba la curia con los consiguientes trastornos para él y otros muchos:

«Per causa de la peste que encara dura no si fa res en Cancelleria, en modo que ha cinc mesos que no se paga res a degú dels oficials de la Cancelleria, sino als abreviadors de parco maiorí. E axí nosaltres no havem res, Item més: de les causes consistorials comeses al reverendísimo senyor (Rodrigo de Borja), les quals ell me ha comés a mí, que n tinc tres al present, non se n fa res per semblant, per manera que al present yo no guanye res. Tinc però molts companyons, *ideo solacium est...* no si parla sinò de fer cardenals e Déus sap lo que serà. Prest se veurà»

Pero la peste, aunque venía a agravar la situación, no era en ningún momento el origen de sus males:

«Del ofici que us screví en dies passats que m havia donat lo reverendíssim senyor per C ducats que donís als protonotaris, vos avís com encara no som fora tantes dificultats... yo no tinc sperança, car segons havem vist essent açí en Roma, en les constitucions de la Cancelleria és contengut que haja de ésser procurador de contradites. La derogació de aquestes constitucions may se és poguda signar per molts impediments. Los sobredits protonotaris troben ja per aquest ofici procurador de contradites qui ls ne dona CCC ducats. *Los diners guanyen la oca*

Venalidad, competencia: eran muchos los que probaban fortuna en aquella administración hipertrofiada confiando en compensar algún día los numerosos gastos que sin duda les creaba el merodear alrededor de ella. Y siempre presente, la sombra del fracaso: *encara no som fora tantes dificultats*. Ahí están esas constituciones de la cancillería que incapacitan a Joan para ejercer el cargo que ambiciona. Burocracia. La inflación de los precios de los cargos: si antes eran necesarios cien ducados, ya hacían falta trescientos. *Los diners guanyen la oca*. Pero lo que importa de verdad no es obtener éste o aquel oficio concreto, sino ganar posiciones cada vez más avanzadas en el aprecio de quienes más pueden ayudar. Alagar el poder, hacerse grato a él:

«...lo senyor (Rodrigo de Borja) va al bisbat seu de Porto, lo qual és cosa molt delitosa e abundant axí de caçes de monte com de aygua. Lo senyor si deporta molt en aquesta caça. Ab los arcs yo m só tornat ja bon tirador. Voldria molt que per lo primer passatge per persona fiada me tramettesseu tres stelles que fossen belles e ja provades, axí matex dues gentils vergues que fossen ja provades... e una stella cicha no molt fort per al meu braç. Açí no y ha arc que valga un diner. Aquests cinc arcs vull per al reverendísimo senyor, *lo qual ho haurà molt a car...*

Gran generosidad en alguien tan corto de medios como parece Joan Lopiç. Excesiva quizás a juicio de su padre, quien en ningún momento anotó partida alguna dedicada a tales gastos. Joan insiste, en la siguiente carta, en el asunto de los arcos. Añade incluso un par de perros de caza a su pedido.

Hay sin duda una cierta distancia en lo que se refiere a sus "actitudes sociales" entre Antoni Lopiç y su hijo Joan (distancia que es quizás menor con respecto al otro hijo, el jurista). El padre, unido a ciertas familias de la nobleza urbana, aprovechó sin duda las ventajas que le reportaban los servicios prestados. Pero Lopiç fue antes que nada notario y, como tal, trabajó con los Monsoriu-Jaffer ciertas relaciones profesionales que con el tiempo fueron estrechándose hasta adquirir dimensión de servicio. Su hijo, por el contrario, *se formó* profesionalmente al servicio del poderoso Borja: ambas dimensiones, aprendizaje profesional y servicio, corrieron parejas. Y Joan era la baza más fuerte que jugaba la familia, el resultado directo de la decisión entratégica del padre. Era éste el camino que se juzgaba más beneficioso de cara a asegurar la reproducción familiar: servir a los poderosos con lealtad, asegurarse su gracia (31).

Giovanni di Pagolo Morelli ya había escrito algo acerca de la actitud a adoptar frente a los poderosos si se deseaba hacer carrera en política dentro de su ciudad, Florencia: guardarse bien de no criticar sus acciones, pese a que pudieran perjudicarte, no hablar de ellos sino para elogiarlos, jamás actuar a la contra. Desoír, descalificar e incluso delatar a los descontentos (32). Jeroni escribe sobre los progresos de Joan en este camino:

«Mon germà me ha scrit esta setmana com havia hagut un offici qui val VII ducats lo més, e spera prest haver maiors coses, car és molt en gràcia del reverendísimo senyor vicecanceller e de molts altres... Ací no ve nengú que no.m diga que priva molt e que és molt ben volgut e fa grans plaers a tothom, en modo que tothom lo vol bé, Deus laudentur.»

Cruzado de brazos ante las puertas de una Cancillería Vaticana paralizada por el miedo a la peste, escaseándole el dinero –*al present yo no guanye res*–, Joan Lopiç no vacila en seguir pensando que está en el buen camino. No vacila en renovar su confianza, no tanto en Dios –pese a lo mucho que lo menciona–, sino más bien en la persona, encarnación del poder, a quien sirve con lealtad y no cabe duda que con devoción:

«Yo só certíssim que occurrent lo cas de algun bon offici se recorderà de mi par sa clemència, e mostrar-ho ha la experiència, segons crec, molt prest.»

Y desde allí sigue reclamando paciencia a su padre. ¿Acaso no es ésta una virtud "burguesa"? El servicio es una inversión a largo plazo que, pese a las ingratitudes de los primeros tiempos, no hay que descuidar sino, por el contrario, esmerar más. La perseverancia es virtud que aúna esfuerzo y paciencia. Esta es la clave: perseverar en el servicio, no desmayar, pues los anhelados beneficios, pese a que tardan, no pueden por menos que llegar.

Naturalmente, Antoni Lopiç pudo pensar que su hijo podría llegar a pecar por exceso de virtud y que, quizás, enviar –y pagar– tanto arco, perro y demás artilugios de caza para agasajar al cardenal era ya caer en la excentricidad, si no en la extravagancia. La insistencia del hijo en este asunto parece traducir la simple y llana negativa del padre.

El tiempo dió la razón a Joan, quien sin duda se convirtió en un maestro en *practicar en cort*. Por medio de él, Jeroni entró al servicio de los Borja valencianos, para quienes realiza continuamente trabajos de administración y representación. Gracias a él, el *maestro* Francesc Gaçet se asentó finalmente en la corte de Roma (33).

Los principales hitos de la carrera eclesiástica de Joan Lopiç están recogidos en el libro de su padre. El éxito comenzó a llegar a partir de 1478, cuando *fon provehit per lo dit senyor Cardenal del Préstamo de Alacant*. Obtuvo entre 1479 y 1483 las rectorías de Sueca y Torrent, al año siguiente era canónigo de la Seo de Valencia, en 1486 vicario de San Juan del Mercado. Cargos todos ellos que arrienda a través de su padre o su hermano. En 1491 obtiene un cargo de cierta importancia en la curia romana:

«...hagem letra del dit mon fill feta en Roma a XXV de maig propassat per la qual nos avisa com per mort de mossèn Amigo vagant lo offici que aquell tenia en cort romana de clericat apostòlich, li era stat donat per tots los cardenals *unusquisque pro part sua* a qui conferia donar francament e libera, e après per lo Sant Pare confermat e beneyt. Lo qual offici és en tacha de CCCC ducats de renda e en propietat, com se puxa vendre sexanta mil sous. Le qual offici és de gran prehemència e dignitat...

(31) Antoni Lopiç contempló incluso la posibilidad de enviar al otro hijo, Jeroni, tras los pasos de Joan: *Al que.m haveu scrit*, contesta Joan a su padre, *que finint micer Gerònim lo estudi volieu que vingúes açí a Roma per veure la pràtica e still de Roma, vos dic que a mi par bo, lo temps serà mestre e delliberarem més maturament quant serà la hora. Bé va tot, puix ell treballa bé, axí com só informat ex fidedignis*. El proyecto no se llevó a cabo finalmente, y Jeroni regresó a Valencia.

(32) Cfr. BEC, Ch.: *Les marchands écrivains...*, pág. 58.

(33) Aunque nos es imposible extendernos en esta cuestión, es necesario señalar que la relación de servicio establecida entre los Borja, por una parte, y la familia Lopiç y sus asociados, por otra, es bastante más completa y afecta en mayor o menor grado a la mayoría de los varones del grupo, todos ellos dedicados a la notaría o las leyes.

Ese mismo año el Papa le adjudica la Almosnería de Zaragoza: *és benifet que stairà arrendat en tres milia sous any*, escribe el padre calculando los beneficios de su inversión. En 1492 obtuvo un privilegio reservado a pocos: entró en el Cónclave que designaría al sucesor de Inocencio VIII:

«...a sis de agost dit any, los cardenals entraren en Conclavi per fer elecció de Papa, e lo dit degà fill meu entrà ab lo reverendísim Cardenal, mestre seu, en lo dit Conclavi. A onze del dit mes fon elet en Papa lo dit Don Rodrigo de Borja, legitime et concorditer cuius nomine Alexander Sex(to) e fon coronat a XXVI del dit mes, e lo dit Sant Pare elegí en Datarí seu lo dit mestre Johan, fill meu...»

En 1493, Antoni Lopiç, octogenario y próximo a la muerte, tomaba la pluma para reseñar, en una de las últimas anotaciones que haría en su libro, como su hijo, que contaba entonces 39 años de edad, había alcanzado la titularidad del episcopado de Perugia de manos de su protector.

Esfuerzo, paciencia, austeridad, perseverancia: son virtudes tradicionalmente atribuidas al burgués bajomedieval y renacentista que se enriquecería comerciando o fabricando. Los Lopiç, sin embargo, no las aplicaron a producir riqueza, y no por ello parecen en absoluto alejados de tales parámetros mentales, de esa determinada forma de ver el mundo. Se trata de una cuestión de toma de decisiones, de oportunidades si se quiere, del desarrollo de unas capacidades u otras según las propias posibilidades, de la conciencia que se tenga de la particular posición que uno ocupa dentro de una sociedad y de cómo se sepa rentabilizarla. Si se sabe elegir la opción apropiada —y se superan los obstáculos que sin duda se alzarán en el camino— ésta puede producir a largo o medio plazo cambios muy significativos en el devenir de la familia, cuya naturaleza social puede llegar a alterarse en el curso del proceso de reproducción. Esto sucedió de hecho con los Lopiç. Pero, para comprender el fenómeno, no podemos olvidar que el estudio universitario no fue suficiente por sí mismo, y que el éxito de la familia no estribó tan sólo en acceder a él, sino también en saber donde había que invertir las capacidades adquiridas, a quién se debían ofrecer sus servicios. Es aquí donde se define la *actitud* de este grupo, no sólo en referencia al Estudio como mecanismo de "entrada en la vida", sino con respecto al conjunto mismo de la sociedad de la que formaba parte.